



LA  
ORACIÓN



Experimentando  
asombro e intimidad con Dios

TIMOTHY  
KELLER



ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

La oración: Experimentando asombro e intimidad con Dios

Copyright © 2016 por Timothy Keller  
Todos los derechos reservados.  
Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group  
Nashville, TN 37234

Clasificación Decimal Dewey: 248  
Clasifíquese: ORACIÓN / CRISTIANA

Publicado originalmente por Penguin Group con el título *Prayer: Experiencing Awe and Intimacy with God* © 2014 por Timothy Keller.

Traducción al español: Anabella Vides de Valverde

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, © 1999 por Biblica®, Inc. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión Reina-Valera Revisada 1960, © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión Reina-Valera Revisada 1960, © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

ISBN: 978-1-4336-4457-3

Impreso en EE. UU.  
1 2 3 4 5 \* 19 18 17 16

# Introducción

## ¿Por qué escribir un libro sobre la oración?

**H**ace algunos años me di cuenta de que, como pastor, no tenía un primer libro que ofrecer a alguien que quisiera entender y practicar la oración cristiana. Esto no significa que no haya grandes libros sobre la oración. Muchas obras escritas en el pasado son más acertadas y penetrantes que cualquier otra que yo pudiera producir. El mejor material sobre la oración ya ha sido escrito.

Sin embargo, muchas de estas excelentes obras están escritas en un lenguaje arcaico que resulta inaccesible para la mayoría de los lectores contemporáneos. Además, esos textos tienden a tener ante todo un enfoque teológico, devocional o práctico, pero rara vez combinan lo teológico, lo vivencial y lo metodológico bajo una sola portada.<sup>1</sup> Un libro sobre los aspectos esenciales de la oración debería tratar los tres aspectos. Asimismo, casi todas las obras clásicas sobre la oración invierten bastante tiempo en advertir a sus lectores sobre prácticas espiritualmente contraproducentes y perjudiciales que se daban en sus días. Estas advertencias deben actualizarse para los lectores de cada generación.

## ¿Dos clases de oración?

Los autores que han escrito recientemente sobre la oración suelen tener una de dos posiciones sobre el tema. La mayoría enfatiza la oración como un medio de experimentar el amor de Dios y conocer la unidad con Él. Prometen una vida de paz y de continuo descanso en Dios. Estos escritores a menudo ofrecen radiantes

testimonios de sentirse constantemente rodeados por la presencia divina. Otros libros, sin embargo, ven la esencia de la oración no como un descanso interno, sino como un clamor a Dios para que venga Su reino. A menudo se considera la oración como un combate de lucha libre y, quizás por lo general, no se tiene una idea clara de la presencia inmediata de Dios. Un libro de esta clase es *The Still Hour* [*La hora de quietud*] por Austin Phelps.<sup>2</sup> El autor parte de la premisa de que sentir la ausencia de Dios es la norma para el cristiano al orar y que es difícil para la mayoría de las personas experimentar la presencia de Dios.

Otro libro con el mismo planteamiento es *The Struggle of Prayer* [*La lucha de la oración*] por Donald G. Bloesch. Él critica lo que llama «el misticismo cristiano».<sup>3</sup> Rechaza la enseñanza que afirma que el objetivo primordial de la oración es la comunión personal con Dios. Piensa que esto hace de la oración un «fin egoísta en sí mismo».<sup>4</sup> Desde su punto de vista, el objetivo máximo de la oración no es la reflexión sosegada, sino la súplica ferviente para que se cumpla el reino de Dios en el mundo y en nuestras propias vidas. El objetivo final de la oración es «la obediencia a la voluntad de Dios, no la contemplación de Su ser».<sup>5</sup> La oración no es fundamentalmente un medio para llegar a un estado interno, sino para conformarse a los propósitos de Dios.

¿Cómo se explican estas dos posiciones, que podríamos llamar la posición «centrada en la comunión» y la posición «centrada en el reino»? Una explicación es que ellas reflejan la experiencia real de las personas. Algunos descubren que son insensibles hacia Dios y que aun estar atentos por unos minutos durante la oración les resulta muy difícil. Otros experimentan con regularidad un sentir de la presencia de Dios. Esto explica al menos en parte las distintas posiciones. Sin embargo, las diferencias teológicas también desempeñan un papel en esto. Bloesch argumenta que la oración mística concuerda más con la posición católica que enseña que la gracia de Dios se infunde de manera directa en nosotros mediante el bautismo y la misa, y menos con la creencia protestante que enseña que somos salvos mediante la fe en la promesa de la palabra del evangelio de Dios.<sup>6</sup>

¿Cuál de estas posiciones es la mejor? ¿La adoración reposada o la súplica resuelta? Esta pregunta da por sentado que la respuesta es una de las dos, lo cual es poco probable.

## **La comunión y el reino**

En busca de ayuda examinaremos primero el libro de Salmos, el libro sagrado de oración de la Biblia. Allí vemos bien representadas ambas experiencias de oración. Hay salmos como los Salmos 27, 63, 84, 131 y los «extensos aleluyas» de los Salmos 146–150 que describen la comunión llena de adoración con Dios. En el Salmo 27:4, David declara que una cosa él le pide a Dios en oración, «contemplar la hermosura del Señor». Aunque David oró por otras cosas, él quiere decir, por lo menos, que nada es mejor que conocer la presencia de Dios. Por eso declara: «Oh Dios... Mi alma tiene sed de ti... Te he visto en el santuario y he contemplado tu poder y tu gloria. Tu amor es mejor que la vida; por eso mis labios te alabarán» (Sal. 63:1-3). Cuando el salmista adora a Dios en Su presencia, expresa: «mi alma quedará satisfecha como de un succulento banquete...» (Sal. 63:5). Esta es ciertamente la comunión con Dios.

Hay, con todo, incluso más salmos de queja que claman pidiendo ayuda o para que Dios ejerza Su poder en el mundo. Hay también desoladas expresiones sobre la experiencia de la ausencia de Dios. Ciertamente, vemos aquí la oración como una lucha. Los Salmos 10, 13, 39, 42–43 y 88 son solo unos pocos ejemplos. El Salmo 10 comienza preguntando: «¿Por qué, Señor, te mantienes distante? ¿Por qué te escondes en momentos de angustia?...». De pronto el autor clama: «¡Levántate, Señor! ¡Levanta, oh Dios, tu brazo! ¡No te olvides de los indefensos!» (Sal. 10:12). Sin embargo, parece que casi hablara tanto consigo mismo como con el Señor. «Pero tú ves la opresión y la violencia, las tomas en cuenta y te harás cargo de ellas. Las víctimas confían en ti; tú eres la ayuda de los huérfanos» (Sal. 10:14). La oración termina con el salmista que se postra

ante el tiempo y la sabiduría de Dios en todos los asuntos, pero a la vez clama pidiendo justicia sobre la tierra. Este es el combate de lucha libre con la oración centrada en el reino. El Salterio, entonces, afirma tanto la oración que busca la comunión como la que busca el reino.

Además de considerar las oraciones reales de la Biblia, debemos también tomar en cuenta la teología de la oración en la Escritura, es decir, las razones, en Dios y en nuestra naturaleza creada, que permiten que los seres humanos oremos. Se nos declara que Jesucristo se presenta como nuestro mediador de manera que nosotros, aunque indignos en nosotros mismos, podemos acercarnos al trono de Dios y clamar para que nuestras necesidades sean satisfechas (Heb. 4:14-16; 7:25). También se nos declara que Dios mismo mora dentro de nosotros a través del Espíritu (Rom. 8:9-11) y nos asiste para orar (Rom. 8:26-27), así que, incluso ahora, por la fe podemos mirar y contemplar la gloria de Cristo (2 Cor. 3:17-18). Por lo tanto, la Biblia nos da fundamento teológico tanto para la oración centrada en la comunión como para la oración centrada en el reino.

Un poco de reflexión nos mostrará que estas dos clases de oración no son opuestas y ni siquiera son categorías distintas. Adorar a Dios es una actividad marcada por la súplica. Alabar a Dios es orar «Santificado sea tu nombre», es pedirle que muestre al mundo Su gloria para que todos le rindan honor como Dios. Sin embargo, así como la adoración contiene súplica, del mismo modo, buscar el reino de Dios debe incluir orar para conocerlo. El Westminster Shorter Catechism [Catecismo menor de Westminster], nos señala que nuestro propósito es «glorificar a Dios y gozar de Él para siempre». En esta conocida declaración, vemos reflejada la oración del reino y la oración de la comunión. Estas dos acciones, glorificar a Dios y gozar de Dios, no siempre coinciden en esta vida, pero a la larga deben ser la misma cosa. Podemos orar por la venida del reino de Dios, pero si no disfrutamos inmensamente de Dios con todo nuestro ser, no lo estamos honrando de verdad como Señor.<sup>7</sup>

Por último, cuando consultamos a muchos de los más grandes escritores de la antigüedad, como Agustín, Martín Lutero y Juan Calvino, vemos que ellos

## *Introducción*

no pertenecen claramente a ninguna de estas dos posturas.<sup>8</sup> Sin duda, incluso el prominente teólogo católico Hans Urs von Balthasar ha buscado dar balance a la tradición mística y contemplativa de la oración. Advierte sobre el peligro de encerrarse demasiado en uno mismo: «La oración contemplativa... ni puede ni debe ser autocontemplativa, sino [más bien] es considerar y escuchar con reverencia a... la negación del yo, es decir, la Palabra de Dios».<sup>9</sup>

### **Pasando de la obligación al deleite**

Entonces, ¿a dónde nos lleva esto? No deberíamos crear una división entre la búsqueda de la comunión personal con Dios y la búsqueda del avance de Su reino en los corazones y en el mundo. Y, si se mantienen unidas, entonces la comunión no será solo un conocimiento místico sin palabras y nuestras peticiones no serán solo una manera de procurar el favor de Dios «... por sus muchas palabras» (Mat. 6:7).

Este libro mostrará que la oración es una conversación y un encuentro con Dios. Estos dos conceptos nos dan una definición de la oración y nos proveen de un conjunto de herramientas para profundizar en nuestras vidas de oración. Las formas tradicionales de oración, adoración, confesión, acción de gracias y súplica, son prácticas concretas así como profundas vivencias. Debemos conocer el asombro de alabar Su gloria, la intimidad de encontrar Su gracia y la lucha de pedir Su ayuda; todo esto nos lleva a conocer la realidad espiritual de Su presencia. La oración, entonces, es asombro e intimidad, lucha y realidad. No todos estos componentes estarán presentes cada vez que oremos, pero cada uno debería ser un elemento importante de nuestra oración a lo largo de nuestras vidas.

En su libro sobre la oración, J. I. Packer y Carolyn Nystrom ponen un subtítulo que resume todo esto de buena manera. La oración es «Encontrar nuestro camino pasando de la obligación al deleite». Esta es la travesía de la oración.

**PARTE UNO**  
**DESEANDO LA ORACIÓN**



## UNO

### La necesidad de la oración

#### «No lo lograremos»

**D**urante la segunda mitad de mi vida adulta, descubrí la oración. Tuve que hacerlo.

En el otoño de 1999, dictaba un curso sobre el libro de Salmos. Se hizo evidente para mí que no estaba llegando al fondo de lo que la Biblia manda y promete en relación con la oración. Luego vinieron las semanas sombrías en Nueva York después del 11 de septiembre, cuando toda nuestra ciudad se hundió en una especie de depresión clínica colectiva, aun cuando se recobró de tal impacto. Para mi familia la oscuridad se intensificó porque mi esposa, Kathy, luchaba con los efectos de la enfermedad de Crohn. Y para acabar, se me diagnosticó cáncer en la tiroides.

En cierto momento, en medio de todo esto, mi esposa me pidió que hiciéramos algo que nunca habíamos logrado hacer porque no habíamos tenido la disciplina para hacerlo de manera regular. Me pidió que orara con ella cada noche. *Cada* noche. Usó una ilustración que cristalizaba perfectamente sus sentimientos. Según recordamos, expresó algo como esto:

Imagínate que te diagnostican con una enfermedad letal, que el doctor te ha dicho que morirás dentro de unas horas a menos que

tomes una medicina determinada, una píldora cada noche antes de irte a dormir. Imagínate que se te informó que nunca podrías dejar de tomarla o morirías. ¿Olvidarías tomarla? ¿Dejarías de tomarla algunas noches? No. Sería tan importante que no lo olvidarías. Bien, si nosotros no oramos juntos a Dios, no vamos a lograrlo debido a todo lo que tenemos que enfrentar. Te aseguro que yo no podré lograrlo. Tenemos que orar; simplemente no podemos descuidarnos en esto.

Quizás fue el poder de esta ilustración, quizás fue el momento preciso, quizás fue el Espíritu de Dios. O bien, lo más probable es que haya sido el Espíritu de Dios que usó el momento y la claridad de la metáfora. Ambos nos dimos cuenta de la gravedad del asunto y admitimos que cualquier cosa que fuera de verdad una necesidad no negociable era algo que podríamos hacer. Esto ocurrió hace más de doce años, y Kathy y yo no podemos recordar haber perdido una sola noche de oración juntos, aunque fuera por teléfono, incluso cuando hemos estado separados en diferentes hemisferios.

El estremecedor desafío, junto con mi creciente convicción de que no entendía la oración, me llevó a una búsqueda. Yo quería una mejor vida personal de oración. Entonces comencé a leer mucho sobre la oración y a experimentar en ella. Cuando miré alrededor, me di cuenta de que no estaba solo.

### **«¿Puede alguien enseñarme a orar?»**

Cuando Flan Nery O'Connor, la famosa escritora del sur de Estados Unidos, tenía 20 años y estudiaba en Iowa sobre el arte de escribir, buscó profundizar su vida de oración. Tuvo que hacerlo.

En 1946 comenzó a llevar un diario de oración escrito a mano. En él, O'Connor describe sus luchas por ser una gran escritora. «Yo quiero mucho

triunfar en el mundo con lo que quiero hacer... Estoy tan desilusionada con mi trabajo... La mediocridad es una dura palabra para aplicársela a uno mismo... pero es imposible no hacerlo conmigo... No tengo nada de lo cual sentirme orgullosa. Soy insensata, tan insensata como las personas a las cuales ridiculizo». Esta clase de declaraciones pueden encontrarse en el diario de cualquier aspirante a artista, pero O'Connor hizo algo diferente con estos sentimientos. Ella los puso en oración y siguió el antiguo ejemplo de los salmistas en el Antiguo Testamento, quienes no solo identificaron, expresaron y dieron rienda suelta a sus sentimientos, sino que además los procesaron con total honestidad en la presencia de Dios. O'Connor escribió:

... el esfuerzo en este arte, más que pensar en Ti y sentirme inspirada con el amor que desearía tener. Querido Dios, no puedo amarte de la manera en que quisiera. Tú eres la aparición delgada de la luna creciente que veo y yo soy la sombra de la tierra que me impide ver toda la luna... lo que me asusta, querido Dios, es que mi propia sombra se haga tan grande que tape toda la luna y que me juzgue a mí misma por la sombra que no es nada. No te conozco, Dios, porque estoy en el camino. Por favor ayúdame a hacerme a un lado.<sup>10</sup>

Aquí O'Connor reconoce lo que Agustín vio con claridad en su propio diario de oración, las *Confesiones*: vivir bien depende del reordenamiento de nuestros afectos. Amar nuestro éxito más que a Dios y a nuestro prójimo endurece el corazón, nos hace menos capaces de sentir. Lo que, irónicamente, nos hace artistas mediocres. Por eso, debido a que O'Connor era una escritora con dones extraordinarios quien podía convertirse en alguien arrogante y egocéntrica, su única esperanza estaba en la constante reorientación de su alma a través de la oración. «Oh Dios, ayúdame a aclarar mi mente. Ayúdame a limpiarla... Te suplico que me ayudes para escudriñar las cosas y encontrarte donde Tú estás».<sup>11</sup>

O'Connor reflexionó sobre la disciplina de escribir sus oraciones en un diario. Reconoció el problema de la forma. «He decidido que esto [el diario] no es como un medio directo de oración. Además, la oración no es algo premeditado como esto; es espontánea y esto es demasiado lento para la espontaneidad». <sup>12</sup> Por otro lado, existía el peligro de que lo que ella estaba escribiendo no fuera realmente una oración, sino un desahogo. «Yo... quiero que sea... algo para alabar a Dios. Es quizás más probablemente algo terapéutico... con el elemento de subrayar sus pensamientos». <sup>13</sup>

Sin embargo, ella pensaba que el diario la ayudaba de esta forma: «He comenzado una nueva etapa en mi vida espiritual... librarme de ciertos hábitos de adolescente y hábitos de la mente. No hace falta mucho para darnos cuenta de qué tontos somos, pero lo poco que toma tarda en llegar. Descubro lo absurda que soy poco a poco». <sup>14</sup> O'Connor aprendió que la oración no es solo la exploración solitaria de tu propia subjetividad. Tú estás con Otro, y Él es único. Dios es la única persona a la cual no le puedes ocultar nada. Ante Él, llegarás inevitablemente a verte a ti mismo bajo una nueva y única perspectiva. La oración, por lo tanto, lleva a un conocimiento sobre uno mismo que es imposible lograr de otra manera.

La esencia en el diario de O'Connor era su simple deseo de aprender de verdad a orar. Ella conocía de manera intuitiva que la oración era la clave para todo lo demás que necesitaba hacer y ser en la vida. No estaba contenta con las prácticas religiosas superficiales de su pasado. «No pretendo negar las oraciones tradicionales que he pronunciado durante toda mi vida; pero las he estado pronunciando y no las he sentido. Mi atención es fugaz. En esta forma, la mantengo en todo momento. Siento la calidez del amor que late dentro de mí cuando pienso y escribo esto para Ti. Por favor, no permitas que las explicaciones de los psicólogos lo conviertan de pronto en algo frío». <sup>15</sup>

Al final de una anotación, ella solo lanza el desafío: «¿Puede alguien enseñarme a orar?». <sup>16</sup> Millones de personas hoy están haciendo la misma pregunta. Hay un sentir sobre la necesidad de orar; nosotros debemos orar. Pero ¿cómo?

## Un panorama confuso

En la sociedad occidental ha ido creciendo el interés por la espiritualidad, la meditación y la contemplación que comenzó una generación atrás, quizás inaugurado por el interés de los Beatles en las formas de meditación oriental, lo que se divulgó ampliamente, y alimentado por el debilitamiento de la religión institucional. Cada vez son menos las personas que conocen la rutina de los servicios religiosos regulares; sin embargo, permanece un deseo espiritual. Hoy, nadie parpadea al leer en un artículo del *New York Times* que Robert Hammond, uno de los fundadores del parque urbano High Line en el vecindario de Manhattan llamado Western Chelsea, viajará a la India para un retiro de meditación por tres meses.<sup>17</sup> Muchos occidentales inundan cada año los *ashrams* [edificios religiosos hindúes] y otros centros de retiro espiritual en Asia.<sup>18</sup> Hace poco, Rupert Murdoch envió un mensaje por Twitter en el que compartía que estaba aprendiendo meditación trascendental. «Todos lo recomiendan», afirmó. «No es fácil comenzar, pero dicen que mejora todo».<sup>19</sup>

Dentro de la iglesia cristiana, hay una explosión similar de interés en la oración. Hay un fuerte movimiento hacia las prácticas contemplativas y de meditación antiguas. En la actualidad, tenemos un pequeño imperio de instituciones, organizaciones, redes y practicantes que enseñan y adiestran en métodos como la oración centrada, la oración contemplativa, la oración «que escucha», la *lectio divina* y muchos otros sistemas que ahora se llaman «disciplinas espirituales».<sup>20</sup>

Sin embargo, todo este interés no debería verse como una «ola» única y coherente. Más bien, es un conjunto de contracorrientes poderosas que están generando aguas turbulentas para muchos que preguntan. Ha habido críticas sustanciales presentadas en contra del nuevo énfasis en la espiritualidad contemplativa, tanto dentro de las iglesias católicas como de las protestantes.<sup>21</sup> Al buscar recursos que me ayudaran en mi vida de oración, así como en la de otros, me di cuenta de cuán confuso era el panorama.

### «Un misticismo inteligente»

El camino que seguí fue volver a mis propias raíces teológicas y espirituales. En Virginia, donde fui pastor por primera vez, y luego en la ciudad de Nueva York, prediqué la carta de Pablo a los Romanos. A la mitad del capítulo 8, Pablo escribe:

Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: «¡Abba! ¡Padre!». El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios (vv. 15-16).

El Espíritu nos asegura del amor de Dios. Primero, el Espíritu hace posible que nos acerquemos y clamemos al gran Dios como nuestro padre amoroso. Luego, se acerca a nuestro espíritu y aporta un testimonio más directo. La primera vez que me enfrenté con estos versículos fue cuando leí los sermones de D. Martyn Lloyd-Jones, predicador inglés y autor de mediados del siglo XX. Argumentaba que Pablo estaba escribiendo sobre una profunda experiencia de la realidad de Dios.<sup>22</sup> Con el tiempo descubrí que la mayoría de los comentaristas modernos de la Biblia en general coinciden en afirmar que estos versículos describen, como lo expresa un estudioso del Nuevo Testamento, «una experiencia religiosa que es inefable» porque la certeza del amor seguro en Dios es «mística en el mejor sentido de la palabra». Thomas Schreiner añade que no debemos «darle poca importancia al campo emocional» de la experiencia. «Algunos se apartan de esta idea debido a su subjetividad, pero el abuso de la subjetividad en algunos círculos no puede excluir las dimensiones “mística” y emocional de la experiencia cristiana».<sup>23</sup>

El planteamiento de Lloyd-Jones también me llevó de nuevo a escritores que había leído en el seminario, como Martín Lutero, Juan Calvino, John Owen, teólogo inglés del siglo XVII, y Jonathan Edwards, filósofo y teólogo

estadounidense del siglo XVIII. Descubrí que no se ofrece alternativa entre verdad o Espíritu, entre doctrina o experiencia. Uno de los antiguos teólogos más destacados, John Owen, fue de especial ayuda para mí en este punto. En un sermón sobre el evangelio, Owen, con debida diligencia, expuso el fundamento doctrinal de la salvación cristiana. Pero luego, exhortó a sus oyentes a «tener una *experiencia* del poder del evangelio... en y sobre sus propios corazones o toda su profesión es un asunto que expirará». <sup>24</sup> Esta experiencia del corazón del poder del evangelio puede suceder solo a través de la oración, tanto de manera pública en la asamblea de cristianos como de manera privada en la meditación.

En mi búsqueda de una vida más profunda de oración, escogí un camino algo inusual. A propósito, evité leer todo libro nuevo sobre la oración. En cambio, regresé a los textos históricos de teología cristiana que me habían formado y comencé a hacer preguntas sobre la oración y la experiencia de Dios, preguntas que no habían venido a mi mente con claridad cuando estudiaba estos textos en los cursos de posgrado décadas atrás. Encontré orientación sobre la vida interna de oración y la experiencia espiritual que me llevó más allá de las corrientes peligrosas de los debates y movimientos contemporáneos. Un autor que consulté fue John Murray, teólogo escocés, quien me proveyó de una de las ideas más útiles de todas:

Es necesario que reconozcamos que hay un *misticismo inteligente* en la vida de la fe... de unión y comunión viva con el Redentor exaltado y siempre presente... Él conversa con Su pueblo y Su pueblo conversa con Él en amor recíproco consciente... La vida de la fe verdadera no puede ser un acuerdo hecho fríamente. Debe tener la pasión y el calor del amor y la comunión porque la comunión con Dios es la corona y la cúspide de la verdadera religión. <sup>25</sup>

Murray no era un escritor propenso a los pasajes líricos. Sin embargo, cuando habla de «misticismo» y «comunión» con Aquel que murió y vive para siempre por

nosotros, él asume que los cristianos tendrán una relación de amor palpable con Él y que tienen el potencial de un conocimiento personal y una experiencia de Dios que resulta inimaginable. Lo cual, por supuesto, se refiere a la oración, pero ¡qué oración! A la mitad del párrafo, Murray cita la Primera Epístola de Pedro: «Ustedes lo aman a pesar de no haberlo visto; y aunque no lo ven ahora, creen en él y se alegran con un gozo indescriptible y glorioso» (1:8). La RVR1960 lo traduce como «gozo inefable y glorioso». La LBLA lo traduce «gozo inefable y lleno de gloria».<sup>26</sup>

Al reflexionar sobre este versículo, me asombró que Pedro, al escribir a la iglesia, se dirigiera de esta manera a sus lectores. No dijo: «Entonces algunos de ustedes, que tienen una espiritualidad avanzada, han comenzado a experimentar períodos de gran gozo en la oración. Espero que el resto de ustedes lo alcancen». No, él dio por hecho que experimentar, algunas veces, un gozo abrumador en la oración era normal. Estaba convencido de ello.

Una frase de Murray que resuena en particular es que fuimos llamados a un misticismo *inteligente*. Esto se refiere a un encuentro con Dios que implica no solo los afectos del corazón, sino también las convicciones de la mente. No fuimos llamados a escoger entre una vida cristiana basada en la verdad y la doctrina, y una vida llena de poder y experiencia espirituales. Ellas van juntas. No fui llamado a abandonar mi teología y a lanzarme en la búsqueda de «algo más», de la experiencia. Más bien, tenía que pedirle al Espíritu Santo que me ayudara a vivir mi teología.

## Aprendiendo a orar

Nos hacemos eco de la conmovedora pregunta de Flannery O'Connor y decimos: ¿Cómo, entonces, aprendemos a orar?

En el verano posterior al que fui tratado con éxito del cáncer de tiroides, hice cuatro cambios prácticos en mi vida de devoción personal. Primero, pasé varios meses leyendo los Salmos y resumí cada uno de ellos. Esto me permitió



### *La necesidad de la oración*

comenzar a orar a través de los Salmos con regularidad, pasando por todos ellos varias veces en el año.<sup>27</sup> Segundo, establecí un tiempo de meditación como una disciplina transicional entre mi lectura de la Biblia y mi tiempo de oración. Tercero, hice todo lo que podía para orar en la mañana y en la noche; no solo en la mañana. Cuarto, comencé a orar con mayor expectativa.

Siempre lleva un tiempo para que los cambios den resultados, pero, después de mantener estas prácticas durante dos años, comencé a obtener algunos logros. Desde entonces, pese a los altibajos, he hallado nueva dulzura en Cristo y nueva amargura también, porque, a la luz de la oración enérgica, pude ver mi corazón con más claridad. Es decir, tuve más experiencias reposadas de amor al igual que más luchas por ver a Dios triunfar sobre el mal, tanto en mi corazón como en el mundo. Estas dos vivencias en la oración que discutimos en la introducción crecieron juntas, como dos árboles idénticos. Ahora, entiendo que así es como debe ser. Una estimula a la otra. El resultado fue una vitalidad y fortaleza espirituales que no había tenido antes, a pesar de ser ministro del evangelio y haber predicado por tanto tiempo. El resto del libro es un relato de lo que aprendí.

La oración es, no obstante, un tema en extremo difícil sobre el cual escribir. No se debe a que sea un concepto indefinible, sino que, ante ella, nos sentimos pequeños e incapaces. Una vez, Lloyd-Jones expresó que él nunca había escrito sobre la oración debido a un sentimiento de incompetencia en esta área.<sup>28</sup> Dudo, sin embargo, que alguno de los mejores autores sobre la oración en la historia se sintiera más competente que Lloyd-Jones. P. T. Forsyth, escritor inglés de principios del siglo XX, expresó mi propio sentimiento y aspiración mejor de lo que yo mismo podría hacerlo:

Es difícil e incluso formidable escribir sobre la oración, y uno teme tocar el arca del pacto... Pero quizás también el esfuerzo... pueda ser considerado con gracia por Él, quien vive para siempre para hacer intercesión como que fuera una oración para saber mejor cómo orar.<sup>29</sup>

## LA ORACIÓN

La oración es la única entrada al genuino conocimiento de uno mismo. Es además la mejor manera para experimentar un cambio profundo, el reordenamiento de nuestros afectos. La oración es como Dios nos da muchas de las cosas inimaginables que Él tiene para nosotros. Ciertamente, la oración hace que sea seguro para Dios darnos muchas de las cosas que más deseamos. Es la manera en que conocemos a Dios, y el modo en que, a fin de cuentas, tratamos a Dios *como* Dios. La oración es simplemente la clave para todo lo que necesitamos hacer y ser en la vida.

Debemos aprender a orar. Tenemos que hacerlo.